

# PAUL CLAUDEL: SU CONVERSIÓN RELIGIOSA Y SU VIDA

Por ANGEL J. BATTISTESSA

**V**ILLENUEVE-SUR-FERE, en Tardenois, es una aldehuela francesa de sólo trescientos habitantes, fuerte y graciosamente asentada en el departamento del Aisne. Altas y rojas, las techumbres lugareñas se encrestan en las granjas. Aparte ciertas asperezas, los alrededores son bellísimos, y, atapizadas sobre la profusión minuciosa de las arboledas, Compiègne y Rambouillet espacian sus parques o diseñan la pura armonía de sus palacios.

En este marco, no menos ajardinado que aldeano, el 6 de agosto de 1868 nació Paul-Louis-Charles-Marie Claudel. En la misma Villeneuve o en los campos y las ciudades vecinas transcurrieron sus años de niño. Su padre era conservador de bienes rurales, y el futuro poeta se recreó frecuentemente en las eglógicas caminatas paternas. La fuerza raigal que pronto había de manifestarse en sus actitudes y que tanto pujaría luego en muchos aspectos de su obra, apuntó en él desde entonces. «Quien ha mordido la tierra —previene el propio escritor—, conserva el gusto entre los dientes.»

El animoso muchacho tenía ya catorce años cuando toda la familia Claudel se trasladó a París. Su hermana Camila inició estu-

dios de escultura con Rodín, y él, Pablo, ingresó en el liceo Louis-le-Grand. Un entusiasta de las doctas arideces kantianas, M. Burdeau, fué su profesor de Filosofía y marcó una etapa de escepticismo, pronto superada, en la vida espiritual del adolescente.

Claudiel no tardó en proseguir sus estudios en la Escuela de Derecho y en la de Ciencias Políticas. En esto estaba cuando se produjo un episodio que sólo sus palabras —aunque sea mirándolas al castellano— pueden comentar circunstancialmente. Para Charles du Bos, esas palabras integran un texto único en todo orden de literatura. «En no más de nueve páginas, con una objetividad abrupta que nunca se detenta cuando se habla de sí mismo, un hombre relata el principal acontecimiento de su vida. ¿Lo relata? No. Lo asienta frente a nosotros como un bloque macizo, inamovible, incontrastable, que no se deja dar vuelta, que sólo es dado afrontar o rehuir.»

Afrontémoslo, y que sea en buena hora.

«... Mi conversión se produjo el 25 de diciembre de 1886. Yo tenía, pues, dieciocho años. Pero en ese momento el desarrollo de mi carácter estaba ya muy avanzado. Aunque relacionada por ambas partes con núcleos de personas devotas que han dado varios sacerdotes a la Iglesia, mi familia era indiferente, y después de nuestro arribo a París se volvió francamente ajena a las cosas de la fe. Antes de entonces yo había hecho una buena primera comunión, que, como para la mayor parte de los jóvenes, fué a la vez el coronamiento y el término de mis prácticas religiosas. He sido educado, o más bien instruído, primero por un profesor libre, luego en colegios laicos de provincia, y por último, en el liceo Louis-le-Grand. Desde mi entrada en ese establecimiento había perdido la fe, que me parecía inconciliable con la pluralidad de los mundos (!!!). La lectura de la *Vie de Jésus*, de Renan, procuró nuevos pretextos a este cambio de convicciones, que todo, por otra parte, facilitaba o estimulaba a mi alrededor. Recuérdese aquellos tristes años del ochenta, la época de la plena expansión de la literatura naturalista. Nunca el yugo de la materia pareció mejor afirmado. Todo lo que tenía un nombre en el arte, la ciencia y la lite-

ratura, era irreligioso. Todos los supuestos grandes hombres de ese siglo, ya en su postrimería, se habían distinguido particularmente por su hostilidad hacia la Iglesia. Renan reinaba. Presidió la última distribución de premios del liceo Louis-le-Grand, a la que asistí, y me parece que fui laureado por sus manos. Víctor Hugo acababa de desaparecer en una apoteosis. A los dieciocho años yo creía, en consecuencia, lo que creía la mayor parte de las personas entonces llamadas cultas. La recia idea de lo individual y de lo concreto estaba oscurecida en mí. Aceptaba la hipótesis monista y mecanicista en todo su rigor; creía que todo estaba sometido a las «leyes» y que este mundo era un firme encadenamiento de causas y efectos que la ciencia iba a desenredar perfectamente de un día para otro. Todo esto, por otra parte, me parecía muy triste y muy aburrido. En cuanto a la idea del deber kantiano, que nos presentaba mi profesor de Filosofía, M. Burdeau, nunca me fué posible digerirla. Por lo demás, vivía inmoralmente, y poco a poco me sumía en un estado de desesperación. La muerte de mi abuelo, a quien había visto durante largos meses roído por un cáncer al estómago, me había inspirado un profundo terror y la idea de la muerte no me abandonaba. Había olvidado completamente la religión y me comportaba a su respecto con una ignorancia salvaje. La primera vislumbre de verdad me fué dada por el encuentro de los libros de un gran poeta, al que debo un eterno reconocimiento y que ha tenido en la formación de mi pensamiento una parte preponderante: Arthur Rimbaud. La lectura de *Illuminations*; luego, algunos meses después, la de *Une Saison en Enfer*, fué para mí un acontecimiento capital. Por primera vez, estos libros abrían una fisura en mi cárcel materialista y me daban la impresión viviente y casi física de lo sobrenatural. Pero mi estado habitual de asfixia y desesperación seguía siendo el mismo. Tal era el desventurado muchacho que el 25 de diciembre de 1886 se encaminó a la catedral de Notre-Dame para seguir los oficios de Navidad. Por entonces empezaba a escribir, y me parecía que en las ceremonias católicas, consideradas con un diletantismo superior, encontraría un excitante apropiado y la materia para algunos ejer-

cicios decadentes. En este estado de ánimo, codeado y empujado por la muchedumbre, asistía, con fruición mediocre, a la misa mayor. Luego, no teniendo nada mejor que hacer, volví a las Vísperas. Los niños de la escolanía, vestidos de blanco, y los alumnos del Petit Séminaire de Saint-Nicolas du Chardonnet, que los ayudaban, se disponían a cantar lo que más tarde supe era el «Magnificat». Yo estaba de pie, a la derecha, del lado de la sacristía. Y entonces se produjo el acontecimiento que domina toda mi vida. Bruscamente mi corazón fué alcanzado y CREÍ. Creí con tal fuerza de adhesión, con tan levantamiento de todo mi ser, con una convicción tan poderosa, con una certidumbre exenta de toda clase de duda, que desde entonces todos los libros, todos los razonamientos, todos los azares de una vida agitada, no han podido conmover mi fe ni en verdad rozarla. Había experimentado, de pronto, el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios: una revelación inefable. Al intentar reconstruir, como lo he hecho a menudo, los minutos que siguieron a aquel instante extraordinario, encuentro los elementos siguientes, que, sin embargo no formaban sino un solo relámpago, una sola arma, de la que se servía la Divina Providencia para alcanzar y abrirse por fin el corazón de un pobre muchacho desesperado: «¡Qué dichosas son las personas que creen! ¿Si en verdad fuese cierto? ¡Es cierto! Dios existe, está ahí. ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! Me ama, me llama.»

Las lágrimas y los sollozos habían llegado, y el canto tan enternecedor del «Adeste» aumentaba aún más mi emoción. ¡Emoción suavísima, en la que se mezclaba, sin embargo, un sentimiento de espanto y casi de horror! Porque mis convicciones filosóficas permanecían intactas. Dios las había dejado desdeñosamente ahí donde estaban; en ellas yo no veía nada que debiese ser cambiado; la religión católica me seguía pareciendo el mismo tesoro de anécdotas absurdas; sus sacerdotes y los fieles me inspiraban la misma aversión, que llegaba hasta el odio y la repugnancia. El edificio de mis opiniones y de mis conocimientos permanecía en pie y no le veía ningún defecto. Lo único que me había ocurrido

era haber salido de él. Un ser nuevo y formidable, con terribles exigencias para el joven y el artista que yo era entonces, se había revelado, sin que yo supiese conciliarlo con nada de lo que me rodeaba. El estado de un hombre al que de un tirón se le arranca de su piel para plantarlo en un cuerpo ajeno en medio de un mundo desconocido, es la única comparación que puedo encontrar para expresar ese estado de perturbación completa. Lo que más repugnaba a mis opiniones y gustos era, sin embargo, lo verdadero, aquello a que tenía que adaptarme de grado o por fuerza. ¡Ah, no habría de ser sin haber intentado, por lo menos, todo cuanto era posible para resistir! Esta resistencia duró cuatro años. Me atrevo a decir que cumplí una hermosa defensa y que la lucha fué leal y completa. Nada quedó omitido. Hice uso de todos los medios de resistencia y debí abandonar, una tras otra, armas que no me servían para nada. Fué ésa la gran crisis de mi existencia, agonía del pensamiento, de la que Arthur Rimbaud ha escrito: «El combate del espíritu es tan brutal como la batalla de los hombres. ¡Noche atroz! ¡La sangre humea sobre mi rostro!» Los jóvenes que abandonan tan fácilmente la fe no saben lo que cuesta recuperarla ni las torturas que ello implica. La idea del Infierno, como también la idea de todas las bellezas y de todas las alegrías cuyo sacrificio, según me parecía, debía imponerme mi vuelta a la Verdad, era, sobre todo, lo que me hacía retroceder. A pesar de ello, desde la misma noche de ese día memorable en Notre-Dame, luego de volver a casa por aquellas calles lluviosas, que me parecían entonces tan extrañas, había tomado una biblia protestante que una amiga alemana había regalado hacía algún tiempo a mi hermana Camila, y por primera vez había escuchado el acento de esa voz tan suave y tan inflexible que no ha dejado de resonar en mi corazón. Sólo por Renan conocía la historia de Jesús, y, dando fe a ese impostor, hasta ignoraba que Jesús se hubiese llamado Hijo de Dios. Cada palabra, cada línea, desmentía con una sencillez majestuosa las imprudentes afirmaciones del apóstata y me abría los ojos. En verdad, proclamaba yo con el Centurión, sí, Jesús era el Hijo de Dios. Era a mí, a Pablo, entre todos, a quien El se

dirigía, y me prometía su amor. Pero al mismo tiempo, si no le seguía, no me dejaba más alternativa que la condenación. ¡Ah, yo no necesitaba que me explicasen qué es el Infierno, y en él había cumplido mi «temporada»! Esas pocas horas me habían bastado para mostrarme que el Infierno está en todas partes donde falta Jesucristo. ¿Y qué me importaba el resto del mundo, comparado con ese ser nuevo y prodigioso que acababa de serme revelado?

El hombre nuevo que había en mí era el que hablaba de ese modo, pero el antiguo resistía con todas sus fuerzas y no quería abandonar nada ante la vida que se abría frente a él. ¿Lo confesaré? En el fondo, el sentimiento más fuerte que me impedía declarar mis convicciones era el respeto humano. La idea de anunciar a todos mi conversión, de decir a mis padres que quería ayunar los viernes, de proclamarme también yo en el número de esos católicos tan ridiculizados, me daba sudores fríos, y por momentos la violencia que me asaltaba me producía una verdadera indignación. Pero sentía sobre mí una mano firme. No conocía ningún sacerdote. No tenía ningún amigo católico. El estudio de la religión se había convertido en mi interés dominante. ¡Cosa curiosa! El despertar del alma y el de las facultades poéticas se operaba en mí al mismo tiempo, desmintiendo mis prejuicios y terrores infantiles. En ese momento escribí las primeras versiones de mis dramas: *Tête d'Or* y *La Ville*. Aunque todavía ajeno a los sacramentos, participaba ya de la vida de la Iglesia, respiraba, por fin, y la vida penetraba en mí por todos los poros. Los libros que más me ayudaron en esa época son, en primer término: *Les Pensées*, de Pascal, obra inestimable para los que buscan la fe, aunque su influencia haya sido a menudo funesta; las *Elévations sur les mystères* y las *Méditations sur l'Évangile*, de Bossuet, y sus demás tratados filosóficos, el poema de Dante y los admirables relatos de la Hermana Emmerich. La Metafísica de Aristóteles me había limpiado el espíritu y me introducía en los dominios de la verdadera razón. La *Imitación* pertenecía a una esfera demasiado elevada para mí, y sus dos primeros libros me habían parecido de dureza te-

rrible. Pero el gran libro que se me había abierto y en que hice mi aprendizaje era la Iglesia. ¡Pero siempre sea alabada esta gran Madre majestuosa en cuyo regazo lo he aprendido todo! Pasaba mis domingos en Notre-Dame y concurría a ella con la mayor frecuencia posible los días de entre semana. Por entonces ignoraba las cosas de mi religión cuanto es dado ignorar las del budismo; mas el drama sacro se desplegaba frente a mí con magnificencia que superaba todas mis imaginaciones. ¡Ah, ya no era el pobre lenguaje de los libros de devoción! Era la más profunda y más grandiosa poesía, los gestos más augustos que jamás hayan sido confiados a seres humanos. No podía saciarme con el espectáculo de la misa, y cada movimiento del sacerdote se grababa profundamente en mi espíritu y en mi corazón. La lectura del Oficio de Difuntos, del de Navidad, el espectáculo de los días de la Semana Santa, el sublime canto del «Exultet», junto al cual los acentos más embriagadores de Sófocles y de Píndaro me parecían insípidos, todo me agobiaba de respeto, de alegría, de reconocimiento, de arrepentimiento y de adoración. Poco a poco, lentamente y pensadamente, en mi corazón se iluminaba la idea de que el arte y la poesía son también cosas divinas y que los placeres de la carne, lejos de serles indispensables, les son, por el contrario, un detrimento. ¡Cuánto envidiaba a los dichosos cristianos a quienes veía comulgar! Por mi parte, apenas osaba deslizarme entre los que cada viernes de Cuaresma se acercaban para besar la corona de espinas. Entretanto, los años pasaban y mi situación se hacía intolerable. Con lágrimas, y en secreto, rogaba a Dios, y sin embargo no me atrevía a abrir la boca. Pero cada día mis objeciones se tornaban cada vez más débiles y la exigencia de Dios más dura. ¡Ah, qué bien conocía yo ese momento y qué fuerte era su presión sobre mi alma! ¿Cómo he podido encontrar ánimo para resistirle? En el transcurso del tercer año leí los *Écrits posthumes*, de Baudelaire, y vi que un poeta que yo prefería a todos los franceses había encontrado la fe en los últimos años de su vida y se había debatido en las mismas angustias y en iguales remordimientos. Reuní todo mi valor, y un día, a media tarde, entré en un con

tesonario de San Medardo, mi parroquia. Los minutos en que esperé al sacerdote son los más amargos de mi vida. Encontré a un anciano que me pareció muy poco conmovido por un relato que a mí se me ocurría tan interesante; me habló de los «recuerdos de mi primera comunión» (para mi propia vergüenza), y antes de acordarme la absolución me ordenó declarase mi conversión a mi familia; nada puedo hoy reprocharle por ello. Salí de la cabina humillado y furioso, y sólo volví al año siguiente, cuando me senti decididamente forzado, reducido y sin escapatoria. Ahí, en esa misma iglesia de San Medardo, encontré a un joven sacerdote misericordioso y fraterno, el abate Ménard, que me reconcilió, y más tarde a un santo venerable eclesiástico, el abate Villaume, que fué mi director y padre bienamado, y cuya protección desde el cielo, donde ahora se halla, no ceso de sentir sobre mi persona. Hice mi segunda comunión en el mismo día de Navidad, el 25 de diciembre de 1890, en Notre-Dame.»

En ese año obtuvo Claudel su admisión en el concurso de asuntos extranjeros; trabó amistad con algunos escritores franceses que ya por entonces empezaban a destacarse —Jules Renard y Marcel Schwob, entre otros—, y frecuentó los «martes» de Stéphane Mallarmé.

Al margen de la incomprensión de los periodistas del Bulevar, parte grande de la «élite» de Francia ilustraba el retraído departamento de la rue de Rome: Henri de Régnier, Gustave Kahn, Daniel Halévy, el wagneriano Edouard Dujardin, Alfred Poizat y André Gide, que por esa época, al decir de Camille Mauclair, otro de los contertulios, se parecía al Franz Liszt de la litografía de Devéria. Eran también asiduos Pierre Louys, Ferdinand Hérold, Louis Le Cardonnel y el pintor Jacques-Emile Blanche, retratista veraz, cuanto alambicado, del París «fin de siglo». Y ni siquiera faltaban los representantes de la actividad artística extranjera, más o menos asimilada a la cultura francesa: André Fontainas y Albert Mockel, dos belgas, y los americanos Francis Vielé-Griffin y Stuart Merrill, a los que con sus juegos de matices y paradojas solía agregarse Whistler.

Después de la conversión y del fuerte impulso recibido en la lectura de las obras de Rimbaud, Claudel alcanzaba así, en edad todavía plástica, el alto ejemplo de pulcritud artística que desde su apacible rincón burgués impartía aquel modesto profesor de liceo y esquivo destilador de quintaesencias poéticas. Incomprendido por el gran público, como ahora, pero además torpe y bobamente burlado por la crítica de sesgo oficial, que niega todo lo que no se le alcanza, en ese entonces Mallarmé era ya un maestro, al que Paul Valéry, otro de sus visitantes y luego el más ilustre de sus discípulos, decía estas palabras: «Uno le censura, otro le desdén. Irrita usted, causa lástima. El gacetillero, a expensas de usted, divierte fácilmente al universo, y sus amigos sacuden la cabeza...

»¿Pero sabe usted, siente usted esto: que hay en cada ciudad de Francia un joven secreto que se haría despedazar por sus versos y por usted mismo?»

Claudel era entonces uno de esos jóvenes.

En el tiempo del desmandado positivismo científicista sólo los poetas del simbolismo acertaron a ofrecer «un refugio al misterio», como objetividad insospechable, y con palabras de ese Stefan George, anota Robert-Ernest Curtius, uno de los más sagaces críticos alemanes contemporáneos. Y el sentido trascendente de las ideas y la limpidez y el decoro lírico parecían haberse cobijado de preferencia en ese mismo recinto mallarmeano, donde, con absoluto desdén de toda propaganda, el poeta de *L'Après-midi-d'un Faune* mostraba que la verdadera gloria «es cosa escondida y no radiante», y que aun las más bellas obras posibles deben ser consideradas como un pobre anticipo o como la preparación de otras más acendradas y puras —porque no es verdad que lo mejor sea enemigo de lo bueno.

Después de esta etapa, la vida entera de Claudel se convierte en un ancho deambular por el mundo.

En 1893 embarca para los Estados Unidos. Actúa como Cónsul suplente en Nueva York y como Gerente del Consulado de Boston. Dos años adelante regresa a Francia, y parte hacia China. Inter-

viene en la firma del contrato del arsenal y del ferrocarril de Hang-Cheu. En 1900 vuelve a su patria por Siria y Palestina. Hace un retiro con los benedictinos, en el famoso monasterio de Ligugé, y es admitido como oblato. Al año siguiente viaja de nuevo por China y alarga su recorrido por el Japón y la indochina. Regresa a Francia; visita a su amigo Francis Jammes, en Orthez, y allí, junto a los Pirineos, pasa algún tiempo en casa del rústico y enternecido poeta de *Les Géorgiques chrétiennes*. En 1905 se casa, en Lyon, con Reine Sainte-Marie-Perrin, hija de uno de los más destacados arquitectos de la época. Ya en 1906, parte por tercera vez para China, y sus principales etapas son entonces Pekín y Tientsin. Tres años más tarde regresa por el transiberiano. Seguidamente pasa a Praga y no tarda en actuar como Cónsul de Francfort (1911) y en Hamburgo (1913). Estalla la guerra del 14 y regresa a Francia por Suecia, Noruega e Inglaterra. En Francia lleva a término diversas tareas, a tono con el momento. Se le confía una importante misión en Italia (proyecto del ferrocarril del paralelo 45). En 1917 se traslada al Brasil con grado de Ministro plenipotenciario en Río de Janeiro. Firma el convenio para la compra de treinta barcos alemanes, grandes cantidades de café y mercaderías diversas. Por las Antillas y Nueva York regresa a Francia en 1919. Ministro Plenipotenciario en Dinamarca (Copenhague, 1920). Miembro de la Comisión del Siesbig. Embajador en el Japón (1921-1925), en los Estados Unidos (1927), en Bruselas (1933-1935). Retiro de las actividades diplomáticas.

Al margen de estos intensos afanes internacionales, breves y renovados altos en París, y horas de esparcimiento hogareño en el Castillo de Brangues, con su mujer y sus cinco hijos, entre los libros y los recuerdos de las cuatro esquinas del mundo.

Actividad tan compleja y tan amplia y frecuentes viajes no le han estorbado a Claudel una producción escrita que colma ya, con densidad restallante, varias docenas de volúmenes: dramas, poemas, ensayos de crítica literaria y artística, páginas de alta teología, traducciones de los trágicos griegos y de los grandes líricos ingleses modernos, sin olvidar la correspondencia, también gene-

rosamente derramada hacia todos los rumbos del horizonte. El genio de Claudel y esa espaciosa contemplación del planeta aclaran la moralidad de su quehacer literario.

De modo parecido, la aclara su físico y la manifiesta su voz. Para comprenderlo, lejos aquí de la persona del poeta —«estatura y presencia», como él diría—, basta observar alguna de sus imágenes fotográficas o releer las semblanzas literarias abocetadas por sus contemporáneos ilustres. A la pluma de Henri Massis, uno de sus hermanos en la fe, pertenece la que sigue :

«El hombre rudo, de cuello recio, pletórico de sangre, de músculos y de nervios, el hombre macizo y de pasiones vehementes, el artista sensual y primitivo que yo veía, allí, prosternado ante su Dios, no debió haberse rendido sin combate... Su rostro y su cuerpo mostraban las señales de esa lucha y se iluminaban con sus ojos grandes y claros, desbordantes de un amor tan filial y tan tierno.»

Pero junto al apunte del católico, no faltan los croquis del «inmoralista» :

«Paúl Claudel está ahí —anota André Gide en su «Diario»— : No lo veía desde hace tres años. Joven, tenía el aspecto de un clavo; ahora, parece una maza. Frente poco alta pero vasta; rostro sin matices, como tallado a cuchillo; cuello de toro que se prolonga derechamente hasta la cabeza, donde se advierte que la pasión sube en seguida para congestionar el cerebro. Sí, creo que esta es la impresión que domina : la cabeza forma un todo con el tronco. Causa el efecto de un ciclón condensado. Cuando habla se diría que algo se dispara en él; procede por afirmaciones bruscas y guarda un tono de hostilidad hasta cuando uno comparte sus opiniones.

»Claudel ha venido a almorzar... muestra un rostro aun más cuadrado que anteayer; la palabra, a la vez metafórica y precisa; la voz, entrecortada, breve y autoritaria.

»Su conversación, muy vivaz y abundante, no improvisa nada, bien se advierte. Recita verdades que ha elaborado pacientemente. Pero, sin embargo, sabe bromear, y si sólo se abandonase un poco

más al instante no carecería de encanto... Es la suya, pienso, la voz más arrebatadora que he escuchado hasta el presente. No, Claudel no seduce; no quiere seducir; convence o se impone.

»Yo ni siquiera intentaba defenderme, y cuando, después de la comida, hablando de Dios, del catolicismo, de su fe, de su felicidad, y mientras yo le decía que lo comprendía perfectamente, agregó:

«¿Pero, Gide, entonces por qué no se convierte usted? (esto sin brusquedad, sin sonrisa...) Yo le dejé ver, le mostré en qué confusión espiritual me abismaban sus palabras.»

Hasta el mismo André Maurois ha sabido advertir el timbre y el alcance de esa voz. «La voz de Claudel —dice— ayuda a los que conocen al hombre-Claudel a entrar directamente en su obra. Esa voz es vigorosa, áspera, dominadora, y, sin embargo, sabrosa y cordial. Mastica las palabras con fuerza, destaca las sílabas, se mueve entre las frases y las proposiciones como la reja del arado entre los terrones de la tierra negruzca. Cava en el campo de las ideas un surco inflexible y profundo.»

Y esa voz tajante, pero hondamente confortadora y fructífera, se hace también perceptible en sus poemas y dramas.

